



# CUADRO ECOLÓGICO

Por Adrián Cangi\* (UNDAV)

## Resumen

Las transformaciones geográficas, el crecimiento demográfico y el entramado del desarrollo técnico han afectado los procesos histórico-productivos que modificaron irreversiblemente la ciudad como modo de vida comunitario hasta convertirla en una “ciudad-territorio” posmetropolitana alterando las prácticas existenciales que la atraviesan. Las subjetividades parecen replegarse al mismo tiempo que se desmoronan en la ciudad-territorio expresando un creciente desajuste entre el territorio físico, existencial, social y político. Entre el intempestivo ensayo argentino (de Martínez Estrada a Christian Ferrer) y el pensamiento de Félix Guattari, se trata de intentar pensar una ecología de las ideas, entre decadencias locales y globales y modos de avizorar posibles porvenires. Necesitamos diagnósticos capaces de coser registros técnicos, políticos y culturales para dar cuenta, tanto de las mutaciones en el orden de la ciudad, como de las transformaciones subjetivas que determinan nuestras prácticas. Objeto de la “ecosofía” es la “inclusión” social, que no puede darse por decreto sin una singularización inventiva de los cuerpos. Incluir no es someter a la obediencia y al mando sino singularizar para la invención y autonomía crítica de las relaciones por venir capaces de dar a luz instituciones más libres e integradoras.

**Palabras clave:** ciudad - ecosofía - ecología - subjetividad - desterritorialización - planeta – política

\* Doctor en Sociología y en Filosofía y Letras. Director de la Maestría en Estéticas Contemporáneas Latinoamericanas (UNDAV). Profesor e investigador UBA, UNLP, UNDAV y Universidad del Cine. Ensayista.

## Abstract

Geographical transformations, population growth and technical development framework have affected historical-productive processes that irreversibly changed the city as a communal lifestyle to make it a post-metropolitan "Territory City" altering existential practices that go through it. Subjectivities seem to retreat while crumble in "Territory City" expressing a growing mismatch between the physical, existential, social and political territory. Among the untimely Argentine essay (from Martínez Estrada to Christian Ferrer) and Félix Guattari's thought, it comes to trying to think an ecology of ideas, between local and global decadences and ways of get a glimpse of possible futures. We need diagnoses capable of sewing technical, political and cultural records to account for both mutations in the order of the city, as the subjective transformations that determine our practices. Object of "ecosophy" is social "inclusion", which cannot be created by decree without an inventive singling out of the bodies. Inclusion is not subject to the control and obedience but singling to enhance invention and critical autonomy of relationships to come, able to give birth to more free and inclusive institutions.

**Key words:** city – ecosophy - ecology - subjectivity - deterritorialization - planet - politics

*"La naturaleza ha pasado a ser ciudad como la ciudad a ser parte del planeta"*

Ezequiel Martínez Estrada

*"El problema es saber de qué forma se va a vivir de aquí en adelante sobre este planeta"*

Félix Guattari

## Entramado

Elijo titular este texto en un explícito homenaje a los pensadores argentino y francés Ezequiel Martínez Estrada y Félix Guattari porque creo que el único legítimo problema para preguntarse por la noción de "medio ambiente" es saber de qué forma se va a vivir sobre este planeta, en el que la ciudad ha pasado a ser un territorio continuo que se extiende hacia la tierra entera. Las transformaciones geográficas, el crecimiento demográfico y el entramado del desarrollo técnico han afectado los procesos histórico-productivos que modificaron irreversiblemente la ciudad como modo de vida comunitario hasta convertirla en una "ciudad-territorio" posmetropolitana alterando las prácticas existenciales que la atraviesan. Vale recordar que en *Las tres ecologías* (1990) Guattari decide abrir su

libro con un homenaje a Gregory Bateson, quien en *La ecología del espíritu* (1972, T II) sintetiza la orientación del pensador francés: “Así como existe una ecología de las malas hierbas, existe una ecología de las malas ideas”. No dudamos de la precisión de este pensamiento, sólo hace falta ver cómo en las llamadas épocas de bonanza —y éste es un signo inequívoco de los tiempos que corren en nuestra localidad— la marginalidad opresiva y la violenta angustia de los “sin techo” y los “sin retorno” se exagera en modos de vida que se dirigen hacia distintos “arcaísmos”: o bien hacia aquellos que toman la forma de “bandas” en una creciente “narco-cultura” que funde “patotas”, “gángsters” y “narcos” como un modo de producción legitimada, en la que las “tareas” fuera de la ley son concebidas como “laburos”; o bien hacia aquellos otros en los que reza la promesa de una “salvación empresarial” asistida por las llamadas “iglesias universales”, que miden el potencial de felicidad productivo según las marismas del alma.

Lo más gallardo de nuestra cultura y sus valores se pierde en variedad de ejemplos que oscilan entre violentos y víctimas, entre jefes y serviles sin consideración alguna por las tramas afectivas que hacen al “nosotros” común. La pesada herencia de una sociedad dictatorial y delatora presta al “micro-fascismo” en las relaciones sociales y al liderazgo patriarcal personalista en las formas de ejercicio del poder no ha podido revertirse en la subjetividad y en los modos vitales de los argentinos. Las transformaciones de los “derechos civiles” acrecentados y las pretensiones de un Estado decidido a la “inclusión” social no han alcanzado para reorientar la vida ética de los cuerpos y la moral de las instituciones. Entre jueces impresentables y funcionarios reaccionarios navega nuestra cultura constituida por la informalidad institucional más allá de los esfuerzos llamados “progresistas”. Informalidad entramada en la irregularidad laboral amparada por el Estado bajo la figura de contrataciones más cercanas a la “flexibilización” del trabajo que al reclamado pleno empleo y en formas de una educación deficitaria lejos de posiciones críticas y transformadoras más allá de la legítima inversión del Estado. Se dirá que hay que revertir nefastos procesos históricos de larga duración para comenzar a ver la transformación social por la inversión del Estado. No tenemos duda de ello y sin embargo, los llamados “estilos locales” de nuestra cultura política no cesan de oscilar entre la consistencia de los deseos y la inconsistencia de las prácticas. Ni siquiera la fiesta colectiva, como bien común de las donaciones de los individuos y como inversión de los valores y de las formas sociales dominantes, logra una duradera celebración del encuentro como acontecimiento del espectáculo de la propia vida y de la configuración imaginativa que hace al lazo social.

Las subjetividades parecen replegarse al mismo tiempo que se desmoronan en la ciudad-territorio expresando un creciente desajuste entre el territorio físico, existencial, social y político. Cada vez resulta más lejano un programa biográfico e histórico que describa modos del “ser-entretajido” (*inter-esse*) en lo común. Aquel sujeto abierto a la comunidad, que haciendo cosas hace mundo constituyéndose a sí mismo, parece ser el último sueño ético de las prácticas resistentes. Ese principio de la constitución “de sí” abierta al mundo común permitió interrogar a las anquilosadas formas morales de la totalidad omnicompreensiva del poder sobre las cosas (*omnitude rerum*), para valorar la existencia biográfica del cuerpo existencial del sujeto dispuesto con sensibilidad hacia un “nosotros” antes que a un “yo”. Este sujeto parece desaparecer de la escena, dejando trágicamente vacante la idea de que el individuo

sólo consigue ser algo “en sí” y “para sí” cuando se convierte en algo para otros y por medio de otros, recuperando así la trama afectiva de posibles mundos para él. Este desajuste de la cultura existencial ha comprometido nuestro “cuadro ecológico” (Martínez Estrada, 1999, pp. 143-152) como el entramado de los tres registros de una “ecosofía” (Guattari, 1990, p. 8) a los que refiere el autor francés bajo el nombre que liga medio ambiente, relaciones sociales y subjetividades humanas centradas en la ciudad-territorio.

La implosión generalizada ha tomado a nuestra cultura local que a pesar de los impulsos de bonanza, se desmorona por dentro, capa tras capa resultado de una historia de tramas políticas que no logran ir más allá de patéticas prebendas y de formas de corrupción públicas que pasan de una dirección de gobierno a otra, desconociendo cualquier otro horizonte de interés que el del poder de las “jefaturas” y el de la clase de los “funcionarios” como lo anticipara descarnadamente Martínez Estrada. En todos los niveles de nuestras prácticas culturales percibimos modos de vida que no salen de un círculo vicioso, y que se desmoronan siguiendo ciclos como si toda nuestra prepotencia personalista constituyera una figura imponente en sus pretensiones, fundada sobre pies de barro. Comprobamos que en la imagen del pensamiento las malas ideas son como las malas hierbas y constituyen la impotencia de la estructura misma de la cultura como medio ambiente biológico y psico-social, en la que viejos problemas nunca dejan de ser actuales en el cuadro de una “ecosofía” que pretende abordar los vínculos entre ciudad-territorio, relaciones sociales y subjetividad humana.

## Dislocación

El intempestivo ensayo argentino sostenido en una ética vital, entre Martínez Estrada y Christian Ferrer, no ha dejado de ver el “medio ambiente” de nuestra cultura más que con exacerbado escepticismo. Es que la reinención y transformación del entorno no es un problema de “funcionarios-técnico-profesionales” sino de una precisa evaluación y descripción que compromete prácticas sociales y modos de vida, sensibilidades e imágenes del pensamiento cultural, social y político.

La Urbe tiene su tiempo y su forma, simultáneamente vieja y nueva, donde se juegan promesas e ilusiones, mitos y supersticiones, de un hombre que aspira a agotar “en sí” las posibilidades infinitas de vida. Con sabor amargo, Martínez Estrada escribe: “Inútil inculcar en el hombre sentimientos contrarios a las disciplinas urbanas”. La trama de barbarie y disciplina, criminalidad y ley, fanatismo y poderío, descrito por la agudeza de esta pluma, constituye la verdadera ley de funcionamiento de la ciudad-territorio que habitamos. El ritmo de su andar resulta inseparable de los “placeres de droguería” y de “las malas hierbas y sustancias de los aguantaderos” que hacen posible por igual el arrobamiento para el fanatismo bárbaro, la disciplina del poder o la huida de la consciencia. La cultura de la ley no se opone a una “narco-cultura”, sino que una se mezcla en la otra, para motivar al “animal triste y resignado” en el que nos hemos convertido bajo el peso de la vida metropolitana,

en prácticas existenciales progresivamente impotentes e inmorales que se regodean en su propia decadencia.

La legalización del orden como una lógica de “fuerzas” y “mandos” — patéticas jefaturas donde el poder ha quedado desnudo sin herencia de moral alguna y sin la búsqueda de ningún ejercicio ético de los cuerpos que lo ejercen— inculca al ciudadano el disfrute seguro de su “botín”, en la mayoría de los casos sin ningún esfuerzo y sin proyecto alguno de construcción social. Las estampas de la decepción argentina revelan un animal humano convertido en “dominador” y “canalla” como lo profetizan Arlt y Martínez Estrada. La civilización urbana descrita en nuestra tradición es un “medio ambiente” donde insiste un desajuste creciente entre subjetividad, relaciones sociales y mundo. Antaño el trabajo organizaba y disciplinaba la vida biológica y el sistema nervioso central, según las necesidades de la ciudad, en profesiones forjadas a la medida de los intereses de un complejo mecanismo que excedía en sus tecnologías de acción a la capacidad de comprensión del vivir en sociedad. Nuestro presente resulta aún más aciago, contemplado a la luz de los vaciamientos productivos y del sinsentido de la vida sensible, donde la organización y socialización no parece perseguir la asociación por el trabajo o el legítimo interés sino por el máximo rendimiento de los *lobbies*, sin pretensiones de alcanzar a la comunidad en una contigüidad duradera de los vínculos, relaciones e instituciones.

Sabemos que cuando la “sociedad” suplanta a la “comunidad” el “tamaño” y la “distancia” que constituye el territorio afectan a las relaciones dejando al desnudo la maquinaria del poder. Weber (1987), en sus clásicas tipologías de ciudad, considera que el “tamaño” de una población no decide cuándo ésta es o no es una ciudad. Simmel (1986, pp. 247-261) recuerda que la “vecindad” y “jerarquía” son fenómenos psíquicos de la adhesión comunitaria que, al transformarse en la vida del espíritu por el tamaño de la extensión e intensidad de la vida nerviosa, cambian irreversiblemente en sus lógicas en el pasaje de la “comunidad” a la “sociedad”. En este pasaje resulta transformada irreversiblemente la “adhesión” afectiva y el “ligamen”, estructurado en la sociedad por la “obediencia” y el “mando”. Martínez Estrada lee esta tradición para definir la ciudad como productora de un “medio ecológico” y de un “hábitat artificial”, más proclive al “último hombre” que describen Spengler (1947) y Mumford (1961) de diferentes modos, que progresivamente se aparta de la vida hasta ser tomado por una propensión metafórica y existencial en la “necrópolis” técnica (Croce, 1999, pp. 166-175).

La voz de Christian Ferrer resulta incisiva cuando alerta

considérese el rango de la expansión (productiva): el rastro y la extracción de energía en todo el planeta, el aumento del poder destructivo de las armas de guerra, la objetivación científica de la naturaleza, la destrucción de los paisajes, la superabundancia inútil de objetos de consumo, la producción por la producción en sí misma. Todas ellas son acuciantes de un desmadre cuyas consecuencias dañinas sólo ahora pueden ser contempladas panorámicamente en los cuatro puntos cardinales (2012, pp. 7-12).

Ferrer denomina “círculo vicioso” al centro del progreso que se abate con sus efectos sobre los territorios llamados “subdesarrollados” como el nuestro. No parece posible detener ese

“émbolo rector del mundo” cuando esta imagen del pensamiento persiste de un modo dogmático en buena parte de la cultura social y política, más proclive a modelos paternalistas que a pensamientos críticos, e incapaz de una imagen problemática que cuestione la inercia viciosa del círculo que anuda “técnica y desarrollo”. De este modo, no parece haber respuestas a las crisis ecológicas de la “ciudad territorio”, en la que la producción de bienes materiales e inmateriales saturan el ambiente, mientras que la pauperización revela sus dramáticos callejones sin salida. ¿Cómo enfrentamos las crecientes paradojas de la ciudad-territorio que constituyen el entramado de medio ambiente, relaciones sociales y subjetividad humana a la luz del cuadro ecológico de nuestra cultura social y política, local y planetaria?

## Paradojas

Creo que hoy en día ya no es posible hablar de “ciudad” en el sentido clásico del término acuñado por Weber, que recorre la historia occidental entre la *polis* griega y la génesis de la ciudad moderna. Quien haya estado o vivido en São Paulo o Shanghai sabe que no tiene ningún sentido hablar de ciudad como lo ha hecho una vasta tradición filosófica hasta nuestros días! (Zarone, 1997). La más reciente mutación nos revela territorios cuya “dimensión” es métrica sin ningún sentido espacial que organice en éstos las orientaciones vitales. Todo indica que los modos de vida no se realizan en el espacio de los intercambios sino en el tiempo de los trayectos que señalan cuánto se tarda en transitarlos. El espacio sobre el que se edificó nuestra cultura se ha convertido en un obstáculo. Sin embargo, los espacios como los cuerpos poseen la densidad de la inercia frente al tiempo. Las culturas juveniles menos proclives a la resistencia existencial piensan la felicidad como la “ubicuidad” que resulta de la más radical idealización de los vínculos a “distancia”. Vivir el espacio como condena es equivalente a experimentar el cuerpo como lastre. En los centros de riqueza los “lugares” son acogedoras matrices simbólicas para los encuentros; en las modernidades periféricas devastadas los “lugares” son una extraña convivencia entre proyectos históricos abandonados y basurales que sirven de cobijo a las formas del “hábitat”. Sobrevolando el territorio de estas lógicas de los modos de habitar se superpone entramada con éste una “ciudad en tiempo real” –llamada por algunos “sexto continente virtual”<sup>2</sup> (Virilio, 1997)– constituida como una “red de redes” que nos permitiría la ubicuidad sin densidad y resistencia de los cuerpos. Entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, la ciudad moderna contenía la promesa de transformación de la ciudad clásica en un “lugar de paso”, descentrando los “lugares” hacia “periferias” que acogerían modos de vida más integrales, apoyados en las crecientes tecnologías que ponían en conflicto la noción misma de espacio. Quienes confiaron en esta

1 El texto de Zarone resulta ejemplar entre muchos otros sobre las lógicas filosóficas que afectaron a la constitución de la ciudad occidental.

2 Debemos a Virilio haber recuperado para la cultura civil el término “sexto continente virtual” de las tramas estratégicas del uso militar.

descentralización para residir; y no pudieron integrar la producción a la morada, viven hoy la venganza del espacio que se ha vuelto resistente para alcanzar sus deseos. La “comunicación” y “comuni3n” de la comunidad, como aura m3fica de las relaciones comunes, se encuentra quebrada por el dispositivo de una ciudad-territorio que alcanza dimensiones posmetropolitanas crecientes. Resultado de 3sta son los v3nculos problem3ticos entre la “morada” y la “red”, como dos l3gicas que se traman enfrentadas: o bien el “espacio” con sus dimensiones resistentes que hacen a la f3sica de los cuerpos y los lugares, o bien el “tiempo” con sus dimensiones de duraci3n y conectividad intensa que hacen a la “comunicaci3n” del esp3ritu. Estas l3gicas constituyen el centro de una paradoja irreversible. Los conflictos, con sus modalidades de amistad y sus factores de enemistad, no parecen resolverse en la “cercan3a” de las relaciones sin que los gestos de resistencia realizados en los “lugares” se produzcan simult3neamente a “distancia” (Virilio, 1996, pp. 45-70). El cuerpo act3a desgarrado y empeque3ecido entre el lugar f3sico y la red comunicativa. Cada gesto que el cuerpo asume y soporta en el espacio se ve virtualizado en las redes sociales con los apegos instant3neos a la novedad y el olvido resultado de saturaciones informativas e inercias de un esp3ritu distanciado.

El “mando a distancia” modific3 sin retorno la trama tard3a de las *Urbs*, de la que proviene la ciudad cl3sica y la metr3polis, a pesar de los esfuerzos de una militancia social-territorial que busca reconstruir el ser afectivo-entret3jido entre determinaciones y servidumbres hist3ricas. El mercado y la industria dismantelaron progresivamente los elementos propios de los “lugares” como escena de las cercan3as sociales. La metr3polis est3 definida desde el comienzo por la producci3n e intercambio de las redes. La herencia de la *civitas* romana —plena de lugares con un aura para los intercambios— se diluye all3 donde nunca tuvo lugar en nuestra cultura la *polis* griega —por una densidad y extensi3n geogr3fica y demogr3fica de las concentraciones urbanas—. Nuestro modelo occidental de ciudad-territorio tiene su g3nesis en la *mobilis augescens* romana<sup>3</sup> (Cacciari, 2004) como matriz de las transformaciones sociales y de las revoluciones pol3ticas, proyectada hacia la “ciudad-planetaria-posmetropolitana”, que al ganar en extensi3n pierde en intensidad de localizaci3n en los “lugares”, como espacios vitales del intercambio. Las identidades locales urbanas, m3s all3 de las pol3ticas estrat3gicas bien intencionadas y de las laboriosas militancias regionales, habitan una cultura de la disoluci3n de las relaciones de cercan3a en favor de los v3nculos de lejan3a, salvo en los entramados de las llamadas “sociedades secretas” de distinta 3ndole o en el movimiento de la “narco-cultura” que combina ambas l3gicas en el territorio. Tal vez, por ello hay que considerar que mientras el espacio se vuelve indefinido, las relaciones pliegan la fragmentaci3n relacional de los cuerpos con la comunicaci3n plena a las redes universales. Este proceso de producci3n, intercambio y mercado virtual o “desterritorializado” ha afectado los universos de valor; de afectividad y producci3n inventiva de los v3nculos sociales.

Las tensiones entre “centro” y “periferia”, categor3as propias del urbanismo de los siglos XIX y XX, ya no nombran aquello que pretend3an indicar, porque la ciudad-territorio se presenta como un creciente espacio indefinido —indiferente a los lugares— donde

---

<sup>3</sup> Entiendo, como Cacciari, el movimiento de la metr3polis hacia la ciudad-territorio posmetropolitana que encuentra su g3nesis en la ra3z t3cnica y en la concepci3n m3vil de la *civitas* romana.

la conectividad repone el sueño de la felicidad comunicativa instantánea de los nuevos “circos romanos” de las redes sociales. Así como los recuerdos del pasado desaparecen en la nueva “generación de bloguistas”, así las moradas espaciales son tan necesarias como arcaicas vistas a la luz de las redes de proyección conectiva del deseo. A pesar de las mutaciones no dejamos de vivir las tensiones entre espacio y tiempo sin solución como una paradoja irresoluble que la metrópolis instaló en las formas de vida.

## Plan para el planeta

El planeta roza las treinta y tres ciudades con una población superior a los veinte millones de habitantes y veintisiete de ellas están arraigadas en los países más pobres de la tierra. En estos territorios cuanto aparece se vuelve indiferenciado, mezclando funciones financieras y directivas con moradas, bajo la forma de “espacios-contenedores” que, o bien retoman la fascinación arquitectónica de antiguos edificios de la cultura fabril, o bien apilan formas modulares de la implacable y activa cultura ingenieril. Unos y otros modos encantan por igual a nuestras lógicas de gobierno viendo allí tanto la recuperación del pasado como la solución pragmática para el futuro. Pero no hay que olvidar que nuestros territorios posmetropolitanos mezclan áreas abandonadas y restos en descomposición de glorias productivas del pasado con centros directivos, terciarios y comerciales que superponen la supervivencia con la degradación. En este contexto planetario y local creciente resulta hasta comprensible e irreversible la oposición e integración paradójica subjetiva entre “morada y “red”. La tensión entre arraigo y desarraigo, entre territorio y “desterritorialización” es el resultado de una cultura material espacial que sólo encuentra sus mundos posibles en las relaciones temporales-inmateriales. Esta lógica afecta a las nociones de “lugar” y de “intercambio”. Los modos de vida –más allá de las llamadas “clases medias”– no se producen hoy donde se come y duerme, donde se ve televisión o se establecen conectividades, sino en un continente existencial desterritorializado por las fuerzas del capitalismo que sólo se “reterritorializa” con arraigo espacial si el valor y el afecto hacen a las tramas existenciales como pertenencia e identidad territorial a los “lugares”<sup>4</sup> (Negri, 2001).

Sin “lugares” no hay ciudad para habitar como pausa que haga posible los intercambios materiales y afectivos de la subjetividad y la comunidad. Circular nuestras “periferias”, como espacios indefinidos e indiferentes a los lugares, como restos de una modernidad inconclusa, nos enfrenta al dominio antropológico y social de los “no lugares”<sup>5</sup> (Augé, 1993), donde domina

---

4 Para Negri no hay forma de reterritorializar las fuerzas del capital sin considerar los universos de valor y afecto que hacen a las tramas existenciales. De la colaboración entre Negri y Guattari merece ser revisada *Las verdades nómadas. Por nuevos espacios de libertad*, Donostia, Gakoa, 1996.

5 Acordamos con la noción de “lugar antropológico” que establece Augé con relación a los vínculos de cercanía y entendemos su exploración de lo cotidiano en relación con los “no lugares” como nuevos espacios de anonimato ligados a la aceleración de personas y bienes. Sin embargo, creemos que la noción no se reduce a un lugar de

la disolución por las condiciones de un vaciamiento histórico-productivo de nuestra historia local y por causas del crecimiento de la ciudad-territorio-posmetropolitana. Restaurar los “lugares” parece ser el único programa para la reconstrucción de los vínculos sensoriales de las relaciones con los otros. Tenemos necesidad física de lugares para nuestra dimensión corporal-afectiva más primaria. Sólo en éstos parece posible el enriquecimiento de los modos de vida porque sin “lugar” no hay cuerpo, y sin cuerpo sólo queda la trama vacía de la información. El “cuerpo a cuerpo”, como base de las afecciones subjetivas y comunitarias, no es una información sino un entretreído vital de las sensibilidades histórico-políticas que resulta inseparable del sedimento existencial y emocional que hace al bien común.

La metrópolis moderna inició este proceso de “desterritorialización” que va acompañado de un sueño de felicidad inmediata o de una mutación de los valores donde no resulta posible pensar lo corpóreo sin las potencias incorpóreas, que despliegan los cuerpos hacia mundos posibles. Los espacios cerrados y abiertos se componen como lo actual y lo virtual de las relaciones entre el espacio y el tiempo en las experiencias simultáneas de lo corpóreo e incorpóreo. Es cierto que cohabitamos con otros en la indiferencia de otros en una lógica de mundos posibles simultáneos, como también lo hacemos en un “nosotros” existencial-espacial sin el cual la subjetividad y lo común no tendrían lugar. Es una condición de nuestro “hábitat”, y por ello no es prerrogativa de la riqueza económica el encierro actual y la conectividad virtual abierta por el terror a las relaciones con los otros. Sabemos que una “ciudad-cámara” no resolverá por disuasión a las violencias territoriales si las tramas desgarradas de la afectividad productiva e inventiva no encuentran salidas como respuesta a los verdaderos problemas de inclusión social. El objeto de la “ecosofía” es la “inclusión” social, que no puede darse por decreto sin una singularización inventiva de los cuerpos. Incluir no es someter a la obediencia y al mando sino singularizar para la invención y autonomía crítica de las relaciones por venir capaces de dar a luz instituciones más libres e integradoras. Los tráficos de informaciones son públicos y exceden el derecho privado. Por ello, lo virtual puede ser una potencia para la cooperación si la afectividad común es un universo de valor. En este contexto habitamos territorios cada vez más indefinidos con su lógica pragmática de intercambio de informaciones y funciones que constituyen paisajes híbridos que han dejado de ser íconos de la organización social<sup>6</sup> (Lynch, 1960). Vivimos atravesados por mitos e imágenes de velocidad y ubicuidad mientras que los espacios que recuperamos o construimos no escapan de viejas formas edilicias del confinamiento para los que pueden acceder al cobijo. El espacio metropolitano todavía era un espacio de “relatividad limitada”, mientras que en las lindes de la más absoluta

---

tránsito anónimo sino que puede ser extendida a los espacios híbridos de la ciudad-territorio-posmetropolitana. Espacios que para nuestra localidad son simultáneamente anónimos y cobijos para la vida precaria.

<sup>6</sup> Lynch valora la imagen del medio ambiente desde el punto de vista de su legibilidad, estructura e identidad destinada no sólo a proteger una lógica de los lugares (Sendas, Bordes, Barrios, Nodos, Mojonos) sino a concebir una “imaginabilidad” perceptiva del sentido del conjunto en la transformación de la forma urbana. Sin embargo, cuando enfrenta la forma metropolitana habla de imágenes que exceden a nuestras experiencias de organización icónica. El autor señala la dificultad de hacer visible y legible un orden medioambiental en las lógicas metropolitanas del territorio.

pobreza domina un espacio de “relatividad general”. Los edificios han dejado de ser “lugares” de referencia para que los “cuerpos” ocupen la experiencia de transformación en movimiento. Cada parte de estos cuerpos es “polivalente”, acogiendo como una esponja su envolvente material e inmaterial. El sueño de la ciencia ficción — de darnos una “individualidad universal” sólo vivible en una “existencia local” — se ha cumplido en los cuerpos en transformación y movimiento perpetuo. Pero cualquier cuerpo presenta límites si no quiere anularse a sí mismo. Hoy los cuerpos en movimiento componen la forma del “todo” en la cualidad de cada “parte”, asumiendo el riesgo de una “grieta” del sistema nervioso central por incapacidad orgánica y biológica más allá de las capacidades cognitivas aprendidas para la integración de los cambios medioambientales. La mutación supone una transformación del animal humano, simultáneamente natural y artificial, en dirección de una “especie” por venir que aún no tiene su contorno definido. Lo que se dice sobre este porvenir son prospecciones aún voluntaristas.

Habitar en el tiempo del *General Intellect* y de la movilización universal no es ni llegar a ser la utopía del desarraigo total y de la “descorporalización” completa en las duraciones temporales. Sin encarnadura de los cuerpos no podremos sentirnos habitantes de lugares. Acabaremos sintiéndonos, tal vez, más alienados en “lugares protegidos” que en un transporte público. Como lo enuncian distintas voces: para sentirnos en casa no buscamos lugares separados, cerrados o protegidos como tampoco podremos hacerlo en trenes, automóviles, estaciones o aeropuertos. Quizá podremos habitar allí donde la encarnadura concuerde con la universalidad de las informaciones que recibimos, donde lo individual se abra a lo universal sin abandonar la singularidad inventiva de la experiencia territorial y existencial. Escribe Guattari (1996, p. 163):

Las grandes pruebas por las que atraviesa el planeta (...) no responde a una inexorable maldición biológica. Su clave está en los factores económicos, es decir de poder, y en última instancia subjetivos, culturales, sociales y mediáticos. El futuro del Tercer Mundo descansa primeramente sobre su capacidad para reaprender sus propios procesos de subjetivación en el contexto de un tejido social en vías de desertificación.

Este enunciado es resultado de una inmersión en el territorio existencial latinoamericano que sintetiza su experiencia en Brasil donde coexistían la violencia de las bandas y de las prácticas parapoliciales con lo que otrora fueran activos ensayos de recomposición de las prácticas sociales y urbanísticas del Partido de los Trabajadores.

De cualquier forma, Guattari<sup>7</sup> (1990) mitigó su escepticismo y logró indicar una dirección política para un discurso ambiental generalizado: “El movimiento ecológico

---

7 Guattari señala que la ecología medio ambiental no tiene salida sin una ecología generalizada en el sentido planteado por Bateson, de una “ecología de las ideas” que no puede reducirse a la psicología de los individuos, sino que debe percibirse en la organización de los sistemas sociales en los que los individuos producen y se producen colectivamente. El problema central de esta ecología es la concepción de “poder” que atraviesa un territorio y sus modos existenciales tanto como la noción de “singularización” de los individuos como potencias inventivas de inclusión social.

debería, pues, a mi entender, preocuparse de modo prioritario por su propia ecología social y mental". De esta ecología depende comprender las relaciones entre economía y poder que subyacen al cuadro ecológico ambiental de nuestras experiencias existenciales en el territorio. Sin una articulación ético-política que reoriente la producción de bienes materiales e inmateriales, en las relaciones visibles a gran escala y en la sensibilidad, inteligencia y deseos de los cuerpos, con un grado de singularización autónoma inventiva, no parece posible una subjetividad abierta en estado naciente, relaciones sociales permeables y flexibles en estado de mutación y un medio ambiente en el punto en el que pueda ser reinventado. Estos procesos continuos de "resingularización" de los individuos valoran la diferencia con vistas a lo común y la solidaridad inclusiva, en la que una "ecología social" resulta inseparable de una "ecología mental" para enfrentar las formas del poder en la constitución de la emancipación. Creo, como Guattari, que esta mutación sólo se puede alcanzar en bloque, reuniendo en una ética de las sensibilidades: la subjetividad, las relaciones sociales y el medio ambiente.

## Bibliografía

- Augé, Marc (1993). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobre-modernidad*, Barcelona, Gedisa.
- Bateson, Gregory (1972). *Steps to an Ecology of Mind*, New Jersey, Jason Aronson, T. II.
- Cacciari, Massimo (2004). *La città*, Rimini, Pazzini Stampadore.
- Croce, Marcela (1999). "De la metrópolis a la necrópolis. La historia de las patologías urbanas en el diagnóstico de Martínez Estrada", en *Artefacto*, n° 3, Buenos Aires, Eudeba.
- Ferrer, Christian (2012). "El círculo vicioso. Técnica y desarrollo", en *El entramado. El apuntalamiento técnico del mundo*, Buenos Aires, Ediciones Godot.
- Lynch, Kevin (1960). *The Image of the City*, Cambridge-Massachusetts, MIT.
- Negri, Antonio (2001). *Exilio. Seguido de Valor e afeto*, São Paulo, Iluminuras.
- Martínez Estrada, Ezequiel (1999). "Ciudad", en *Artefacto*, n° 3, Buenos Aires, Eudeba.
- Mumford, Lewis (1961). *The City in History*, San Diego, Harcourt Inc.
- Simmel, Georg (1986). "Las grandes urbes y la vida del espíritu", en *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Barcelona, Península.
- Spengler, Oswald (1947). *El hombre y la técnica*, Buenos Aires, Espasa Calpe.
- Virilio, Paul (1996). "El efecto de empequeñecimiento", en *El arte del motor*, Buenos Aires, Manantial.
- \_\_\_\_\_ (1997). "La perspectiva del tiempo real", "La ley de proximidad" y "La ecología gris", en *La velocidad de la liberación*, Buenos Aires, Manantial.
- Weber, Max (1987). *La ciudad*, Madrid, La Piqueta.
- Zarone, Giuseppe (1997). *Metafísica de la ciudad. Encanto utópico y desencanto metropolitano*, Valencia, Pretextos y Universidad de Murcia.